

REFLEXIONES Y LECTURAS

El porvenir del habla española

LA América española, ¿continuará hablando castellano? ¿Seguirá siendo nuestro idioma la única lengua nacional de más de veinte Estados?

Huelga explicar el vital interés que para España tiene la respuesta a esas preguntas. Cuando pensamos en los futuros destinos de nuestra patria, hemos de convenir todos en que la gran posibilidad que nos queda, el gran papel, la gran misión histórica, consiste en nuestra unión espiritual con los pueblos hispano-americanos. Mas el vínculo esencial de esta unión no es la raza, concepto cada vez más oscuro en la esfera científica, y realidad que en la esfera práctica la vida va alterando y modificando de día en día al otro lado el Océano; no es la Historia, que pertenece al pasado y puede ser diversamente interpretada y sentida; no es la religión, factor que hoy debe quedar absolutamente apartado de toda acción de política interior, y más aún, de toda obra de política internacional; no es el interés económico, en el cual otras naciones, lo mismo que la nuestra, pueden coincidir con nuestras hermanas del otro Continente...

Lo que nos une es la comunidad del idioma. Gracias a ella, cabe decir que el porvenir de España está en América. El poeta vió una paloma cruzar el Atlántico llevando bajo el ala una llave de oro que abría la puerta de dos Mundos. La áurea llave es la lengua española.

Inglaterra, con su admirable sentido liberal, ha sabido ir transformando, casi sin lucha, el viejo Imperio británico en la futura comunidad libre de pueblos de lengua inglesa. Nosotros, rectificando nuestros errores tras la lucha estéril, ¿sabremos hacer que renazca, en lugar de nuestro perdido imperio de Ultramar, una igualitaria, democrática comunidad de naciones de habla hispana?

* *

Partiendo del Brasil, donde, como es sabido, se habla portugués, extiéndose hoy por varios Estados del Centro y Sur de América una campaña de opinión encaminada a conseguir que todos esos pueblos acepten el francés como «segunda lengua nacional». El embajador de aquella República en París, doctor Souza Dantas, ha publicado en este sentido un llamamiento a los países latinos. Se formaría así una anfictonía de pueblos, una Liga ideal, en la que el idioma francés,

como en otro tiempo el latín en Europa, constituiría el nexo moral y el órgano de la cultura.

Dos artículos, de un escritor francés el uno, y el otro de un político italiano, llegan a nuestras manos casi juntamente; abogando aquél en pro, y éste, en contra de la idea expuesta. A nadie más vivamente que a los españoles debe interesar esta cuestión. Sin que apenas nos enteremos, se está discutiendo en este pleito el porvenir de nuestro espíritu en el mundo.

El primer artículo a que aludimos es el que Francis de Miomandre, con el título de *La langue française et l'avenir*, publica el día 2 de este mes en *L'Europe Nouvelle*. A nosotros nos importa mucho saber a qué atenernos sobre sus argumentos en favor del francés como segunda lengua nacional.

«La moción de Souza Dantas—dice—tiene nada menos que a obligar a una población de cincuenta millones de almas (cifra que se duplicará en un determinado período de tiempo) a hablar la lengua francesa. Las consecuencias de este acontecimiento son verdaderamente incalculables...» «Salvo el Brasil (y aun casi todos los brasileños saben expresarse en castellano), toda la América latina habla ya un solo idioma: el español. Por lo tanto, si una Confederación ideal de pueblos latinos tuviera que elegir un lenguaje común, parece lo más lógico que aceptase el que habla la mayoría. Pero lejos de abrigar este propósito imperialista, los hispano-americanos, prefiriendo la calidad a la cantidad, escogen el francés, porque estiman que es este idioma, desde el punto de vista intelectual, el heredero directo del latín, y porque saben que en francés piensan los verdaderos amigos de la libertad y del progreso...»

De semejante criterio disiente Francesco Nitti, el antiguo jefe del Gobierno de Italia. En el otro artículo que, bajo el título de *El interés de la Argentina*, ha visto la luz en el número del 11 de enero del periódico *La Capital*, de Rosario de Santa Fe, afirma que, por de pronto, ya no es Francia hoy, cual lo fué hasta 1914, la propagadora del liberalismo y de la democracia. Tan latino es, además el idioma francés como el italiano o el propio español. «Italia y Francia tienen, sobre poco más o menos, igual volumen de población dentro de su correspondiente territorio; pero mientras en el extranjero—y en la América del Sur espe-

cialmente—se encuentran radicados más de diez millones de italianos, no existen franceses sino en reducido número...»

A juicio de Nitti, si la América latina quiere imponerse el habla de un idioma subsidiario, debe preferir el italiano al francés. Pero antes debe preferir el alemán al italiano, y el inglés al alemán. El inglés es la lengua de britanos y norteamericanos—170 millones de almas—y de los grandes mercados del Canadá, Australia, África austral, etc... No pudo Wilson hablar con Nitti una sola palabra en francés. En francés no lee Lloyd George una sola línea...

Mas lo importante para nosotros, en el artículo del ex-presidente italiano, no es el valor relativo que atribuye a los varios idiomas, sino la opinión que le merece el hecho mismo de dar a cualquiera de ellos el carácter de segunda lengua nacional, de lengua de comunicación y cultura universales. Estima que hay que propender, ante todo, a la conservación del propio idioma, «A los pueblos de habla castellana les conviene defender el legado de su lengua porque con ella y por ella han de desarrollar su genio nacional y plasmar el pensamiento de su raza».

* *

A nuestro entender, en efecto, puesto que el español es la primera lengua nacional de las repúblicas del Centro y Sur de América, su segunda lengua nacional debe ser... el español. Sin que con ello neguemos, por supuesto, que a los países de América—y a los de Europa—les conviene extraordinariamente el conocimiento y difusión de los principales idiomas extranjeros. Pero la adopción del francés o del inglés como lengua universal y cultural de América equivaldría a cortarles las nacientes alas al espíritu hispano.

Pueden necesitar una segunda lengua nacional los pueblos cuyo idioma aun siendo un instrumento de alta cultura, está muy poco extendido, o aquellos otros en los que el lenguaje nativo, por más que lo hablen muchos millones de hombres, ha dejado de ser un instrumento de alta cultura para el pensamiento moderno, para las letras y las ciencias de nuestro siglo. No se halla el castellano en el primer caso. Es quizás la más difundida de las lenguas neolatinas. ¿No resignaremos a admitir que se encuentra en el segundo caso? Si así fuera, no habría un deber más imperioso ni más urgente para todos los hispanos, para los de Iberia como para los de América que el de salvar nuestro verbo común, haciendo de él una de las